

No comprendía aquella humildad, aquella mansedumbre de parte de los mexicanos, y se propuso observarlos.

Una de las órdenes que habían recibido los mexicanos, era ir depositando poco á poco sus armas en las casas del barrio más próximo al cuartel de los españoles para apoderarse de ellas en un momento dado.

Marina llegó á saberlo y lo comunicó á Alvarado.

CAPITULO XII.

Una emboscada.



A pesar de los esfuerzos que hacian los teopixques para resolver á los mexicanos á combatir contra los españoles, éstos, que deseaban el combate, se resistian sin embargo, porque para ello no habia perdido aún todo su prestigio Moctezuma, y no faltaba entre ellos quien manifestase que atacar á unos hombres á quienes prodigaba el emperador, era lo mismo que rebelarse contra él.

Dadas las condiciones del pueblo mexicano, esta rebelion era difícil.

—Consentimos en ayudaros, dijeron á los que capitaneaban por grémios á los mexicanos, si Moctezuma asiste á las fiestas y nos autoriza á combatir para defenderle.

En vista de aquellos escrúpulos, convinieron los conspiradores en ver de nuevo á Moctezuma y suplicarle que asistiera á la fiesta.

Habia poderosos motivos para que el pueblo se disgustase si dejaba de asistir.

Guacolando se encargó de conferenciar con el emperador y los expuso.

—Ya sabeis, señor, dijo, que la fiesta que debe celebrarse solo tiene lugar de cincuenta en cincuenta años y que hasta ahora nunca ha faltado á ella el soberano de México en cuyo reinado ha tenido lugar.

Si vos faltais, el pueblo lo interpretará como un desprecio, y

yo, que estoy seguro de que será sumiso á vuestras órdenes: que hará los mayores sacrificios por vos si tomáis parte en su regocijo, no respondo de su desesperacion si os obstinais en no aceptar.

Aquellas razones hicieron mella á Moctezuma.

No podia, en efecto, negarse á una invitacion, porque su negativa podia significar á su pueblo, ó que le despreciaba, ó que como presumia, estaba en poder de los españoles, y no le era posible disponer á su antojo de su persona.

A fuerza de instancias, de súplicas y hasta de amenazas, logró Guacolando arrancar á Moctezuma la palabra de que asistiera á la fuerza, y la noticia no tardó en circular, aumentando el regocijo de los mexicanos.

Pero aquel regocijo no significaba su alegría por que el emperador se viese entre ellos y asistiese á aquella solemnidad.

Significaba la esperanza de sacudir el yugo de los extranjerros, de libertar á la patria de su ominosa presencia y de realizar con un supremo esfuerzo la felicidad de épocas no lejanas.

Cuando los nobles de la corte pudieron anunciar que Moctezuma honraria con su presencia la festividad en la plaza de Tlatelulco, continuaron con más actividad los preparativos para la lucha.

Marina llegó á tener el convencimiento de que los mexicanos conspiraban contra los españoles.

Alvarado, que al quedarse solo representando á Hernan Cortés, habia cobrado ciertos humos, y trataba con altanería al mismo Moctezuma, no pudo resistir á la influencia de la jóven india.

Como el lector recordará, ésta habia llegado á dominarle, y puede decirse que á la sazón solo ella en México era la que podia contener los ímpetus del valeroso capitán español.

—Preparaos, Alvarado, le dijo; nos tienden una emboscada.

—No es posible.

—Yo os lo aseguro.

—¿Qué motivos teneis para creerlo?

—Lo que han visto mis propios ojos.

—¿Y qué han visto?

—Han visto llegar recatadamente multitud de indios al barrio próximo al cuartel que ocupamos, y depositar en las casas armas, que en un momento dado les servirán para atacarnos.

—No es posible que se atrevan á semejante cosa.

—Su desesperacion es grande, y como ven que nuestras fuerzas son escasas, tienen derecho para creer que alcanzarán el triunfo.

—Moctezuma sabe algo acerca de esos proyectos? preguntó Alvarado á la jóven india.

—No lo sé, contestó ésta.

—Voy á pedirle cuenta en este instante de la conducta de sus vasallos.

—Haceis muy mal.

—¿Por qué?

—Porque hasta ahora hay motivos para suponer que está de buena fe con nosotros.

Tal vez esa actitud es hija de la creencia que tiene de que ha perdido el prestigio que tenia sobre su pueblo.

Si sabe que se dispone á combatir, sospechará sin duda alguna que le incita al combate algún príncipe que desea arrebatarle el cetro de las manos, y por no perderle, sacrificará en aras de su conveniencia la fidelidad que ha jurado á Hernan Cortés, corriendo á ponerse al frente de los sublevados, en cuyo caso no sé lo que podrá sucedernos.

—Estando en mi poder no es posible.

—Si él se obstinase en partir, tendriais que emplear la fuerza para evitarlo, y en ese caso se indignaria el pueblo y justificaria cualquier atentado que cometiéseis.

—¿Qué pueden hacer esos miserables, que se desmayan al solo estampido de nuestros cañones?

—Esos hombres, que en una fiesta se muestran tan cobardes, por defender á su rey, por devolver á la patria la independencia, serán capaces de los mayores sacrificios.

—Y qué me importa? Yo haré entender á Moctezuma....

—No hareis eso, dijo Marina; oidme, y seguid mi consejo.

Alvarado obedeció á pesar suyo.

—Moctezuma ha ofrecido á sus ministros que asistirá á la fiesta, porque el pueblo reclama la presencia de su rey.

—Después de haberse negado, ha consentido....

—No ha podido ménos; ha cedido á las súplicas de sus consejeros.

—Pues es preciso evitar que salga de nuestro cuartel.

—¿Qué duda tiene?

—Y ahora mismo voy....

—No; dejad al pueblo, que espera verle en la solemnidad que con tanto afán prepara.

—A juzgar por los síntomas que he notado, dijo Alvarado, los mexicanos tienen miedo; porque si no lo tuvieran, al ver tan pocos españoles se atreverían á atacar de frente.

—Cuando buscan rodeos, cuando se valen de celadas, conviene más seguir su ejemplo, observarlos atentamente, estar sobre aviso, y anticipar una sorpresa á la suya.

Dejad á mi cuidado el advertiros lo que debeis hacer, y culpádmelo luego si me equivoco en mis planes.

Alvarado cedió á las instancias de Marina, pero no dejó de estar sobre aviso, impidiendo á sus soldados que permaneciesen fuera del cuartel, sobre todo desde el anochecer.

CAPITULO XIII.

La fiesta de los mitotes.

OR fin llegó el día en que debía celebrarse la fiesta de los mitotes.

La gran plaza de Tlatelulco presentaba un aspecto deslumbrador.

Las tiendas estaban cerradas, y ocultas bajo telas de algodón de vistosos colores.

Las mexicanas habían tejido guirnaldas de flores y hojas, y en torno de la plaza las habían colgado caprichosamente, dándole un aspecto fantástico.

Como los conjurados sabían cuál iba á ser el desenlace de aquella función, hicieron que la emperatriz y sus dos hijos se trasladasen á Tacuba, para que no sufriesen las consecuencias del combate que iba á tener lugar.

Desde muy temprano se reunieron en el centro de la plaza los juglares y los músicos de Moctezuma.

También acudieron los mexicanos más adiestrados en los juegos que debían celebrarse.

En torno suyo formaron animados grupos los habitantes de México, y no pocos de las cercanías.

Es imponderable el lujo que para aquella solemnidad habían desplegado.

Desde el último vasallo hasta el más noble señor, todos llevaban joyas de oro de más ó ménos valor, y en mayor ó menor cantidad.

Los rayos del hermoso sol que alumbraba aquella animosa escena, hacían que la plaza apareciese como un inmenso mosaico cubierto de piedras preciosas.

Aquel lujo se había desplegado de expreso para llamar la atención á los españoles, y excitar su codicia.

En un momento dado debían las mujeres retirarse y los hombres acudir á buscar las armas para dar principio á la pelea.

Eran los mexicanos diestros gimnastas.

Maravillaba la soltura y la gracia con que ejecutaban todos esos juegos que hoy nos sorprenden tanto en los circos.

Los atletas sostenían á veces hasta diez ó doce hombres, unos encima de otros.

La mayor parte de ellos paseaban, bailaban y saltaban con un hombre en cada hombro, y á veces hasta en cada mano.

Daban saltos mortales con precisión y soltura.

Mientras verificaban estos difíciles ejercicios, reinaba en la plaza un gran silencio.

Todas las miradas estaban fijas en los actores, y al terminar comenzaban las músicas.

Entonces en cada grupo se entonaba un arcito, recordando las proezas de los antiguos emperadores, y las innumerables batallas en que habían conseguido el triunfo los mexicanos.

Al final del arcito se reunían las mujeres y bailaban acompasadamente, haciendo mil contorsiones y figuras caprichosas para dar descanso á los juglares.

Los sacerdotes asistían también á la fiesta, recordando al pueblo la misión que debían desempeñar aquel día para que la distracción y el júbilo no entibiasen su odio á los españoles.

Serían las doce de la mañana, cuando empezó á levantarse un sordo murmullo entre la muchedumbre.

—Moctezuma no viene, se decían unos á otros.

Cada cual comentaba á su manera la ausencia del emperador,

y no faltó quien instigara al pueblo para que fuera al cuartel de los españoles á buscarle.

El motivo de la ausencia era el siguiente:

El día anterior había pedido á su palacio sus mejores joyas y sus más ricas galas para asistir á la fiesta.

Alucinado por las indicaciones que le había hecho Guacolando acerca del espíritu de su pueblo, del amor que le profesaba y de los deseos que tenía de verle, había llegado hasta á olvidarse de su cautiverio, y creyéndose libre, ni siquiera pensó en anunciar su resolución á Pedro de Alvarado.

Este, convencido ya del intento de los mexicanos, vigiló de cerca á Moctezuma, y llegó á pensar que era cómplice de los propósitos de sus nobles, al ver que se disponía á asistir á la fiesta sin contar con su venia.

Había ya hablado á los oficiales y á los soldados que tenía á sus órdenes, y todos esperaban en guardia el momento de la lucha.

—Moctezuma se dispone á partir, dijo Marina á Pedro de Alvarado, y es necesario evitar á toda costa que pase el día entre sus vasallos.

Llamó Alvarado á un oficial y diez soldados, y sin previa licencia, entró en el aposento de Moctezuma, precisamente cuando el emperador acababa de engalanarse.

La presencia de Pedro de Alvarado con aquella fuerza le sorprendió.

—Tengo que hablaros, dijo el capitán español al monarca.

—Hablad cuanto gustéis.

—Nos conviene á los dos que sea á solas.

Moctezuma despidió á su servidumbre.

Alvarado mandó á sus soldados que saliesen de la estancia, pero sin alejarse mucho.

—Ya presumo lo que vais á decirme, exclamó Moctezuma.

—¿Lo presumís?

—Por un olvido involuntario, he dejado de participaros mi propósito de asistir á la fiesta que hoy celebra mi pueblo: os habeis alarmado, y deseais explicaciones. Os las daré.

—No son explicaciones lo que vengo á buscar, dijo Alvarado. Vengo á manifestaros que consideramos vuestra presencia hoy en la plaza de Tlatelulco como un rompimiento del pacto que habeis firmado con nuestro jefe Hernan Cortés.

—¿Qué decís? exclamó el monarca lleno de asombro.

—Os digo, aunque con harto sentimiento, que si no accedeis á mis súplicas, tendré que emplear la fuerza para impedir que salgais de aquí.

Moctezuma se indignó.

Retrocedió dos pasos, miró á Alvarado, y al hallar enfrente de sus ojos los del capitán español, que revelaban en aquel momento lo resuelto que estaba á sostener su palabra, dominando se Moctezuma:

—Explicadme por qué motivo deseais impedir que yo acceda á los ruegos de mi pueblo.

—¿Quereis saber las causas que me obligan á evitarlo? Pues bien, os las diré.

He descubierto la infame intriga que se ha tramado contra nosotros.

—¿Qué sabeis? ¿Qué intriga es esa?

—¿Os haceis de nuevas?

—Explicaos, porque no os comprendo.

—Me explicaré para que os convenzais de que no es tan fácil como parece sorprender á los españoles.

El pueblo mexicano, que ha empezado á reunirse en la gran plaza de Tlatelulco para celebrar una gran fiesta, instigado por vuestros consejeros, por vuestros amigos, por los nobles del imperio, prepara un atentado contra nosotros.

—No es cierto; yo aseguro.

—Todas las casas próximas al palacio que ocupamos están

llenas de armas, y vos vais á salir para ponerlos al frente de vuestros vasallos, aprovechando la circunstancia de vernos aquí en tan escaso número para destruirnos.

Pero no podreis; he tomado mis medidas, y vuestras esperanzas quedarán defraudadas.

Al mismo tiempo Hernan Cortés me enviará un ejército numeroso para que me ayude en mi empresa, y nuestra venganza será horrible.

Moctezuma miró fijamente á Alvarado.

—Todo cuanto decís es una impostura, le dijo.

—Estoy seguro de ello.

—Yo estoy seguro de mí mismo, repuso el monarca, y juro por mi honor que si existen semejantes propósitos, no soy cómplice de ellos, y se han tramado contra mi voluntad.

—Un medio teneis de demostrármelo.

—¿Cuál?

—Acceder á mis ruegos; quedaros aquí, dijo Alvarado.

—Me quedaré, exclamó Moctezuma. No quiero que digais que he faltado á mi palabra; me quedaré, y si mi pueblo, indignado al ver que soy el único monarca que falta á esa festividad quiere culparos, yo asumiré toda la responsabilidad, yo me presentaré á sus ojos como el único culpable.

Y así diciendo, comenzó á desprenderse de las galias con que se habia adornado, llamó á uno de sus servidores, y le encargó que avisase á Guacolando.

El pueblo, que empezaba á cansarse de esperar á su rey, supo que Moctezuma habia llamado á su primer ministro, y aguardó con ánsia el resultado de aquella entrevista.

Para evitar que se descubrieran sus planes, dispusieron los teopixques que continuasen los juegos y los bailes, atenuando este modo la impaciencia de los mexicanos.